

*Luis Maira**

América Latina: El reto de una integración distinta en el Siglo XXI

SUMARIO: I. Introducción. II. La agenda vigente en los inicios del siglo XXI. III. Proceso de Construcción Regional.

I. Introducción

Las celebraciones del Bicentenario a contar de Junio de 2009 en diferentes países de la América Hispana abren un tiempo que - para ser fecundo - debe caracterizarse, a la vez, por balances que descifren nuestras trayectorias nacionales y por nuevos proyectos que otorguen un rumbo más certero a los objetivos que nuestras estrategias de desarrollo buscarán realizar.

En lo esencial resultan una oportunidad inmejorable para realizar un recuento histórico que, situándonos en los sueños y perspectivas de los padres fundadores de las naciones que surgieron al término de la dominación española, sirva para fijar los hitos y fortalezas principales de este acontecer independiente que cubre ya un tiempo considerablemente prolongado. Semejante ejercicio, adquiere mayor importancia si se concentra en aquellos temas que han mostrado especial persistencia en estos dos siglos, y han mantenido vigencia pese a los múltiples impactos del cambio internacional y de las modificaciones internas de los países. Entre éstos figura, sin discusión, el de la integración.

* Embajador chileno experto en relaciones internacionales.

A propósito de Bicentenario la noción "América Latina" es, obviamente, bastante posterior al inicio de los procesos de independencia que conmemoramos. Si bien uno de los componentes no hispánicos de este bloque de naciones - Haití - antecedió a los nuestros en 1804, con la lucha encabezada por Toussaint L' Overture en pleno auge de la hegemonía de Napoleón Bonaparte, fue solo con la proclamación de la República en Brasil en 1889 que esta idea alcanzó vigencia y uso generalizado. En diversos trabajos el historiador chileno avecinado en Francia, Miguel Rojas Mix ha establecido que el primero que utilizó esta expresión fue el publicista chileno Francisco Bilbao, quien vivió en París en la década de los años 40 del Siglo XIX y participó en las luchas preparatorias de la Revolución de 1848. Por cierto esta noción fue apropiada poco después por los científicos sociales franceses y sirvió de basamento a la ofensiva de Napoleón III por incrementar su influencia en nuestro hemisferio, con ocasión de la guerra Civil en Estados Unidos. Esto fundamentó la tentativa de instauración en México del Imperio de Maximiliano de Habsburgo, sostenido por tropas francesas entre 1862 y 1867.

Para un recuento de lo acontecido en esta región pluriracial y pluriidiomática los trabajos de mayor utilidad me parecen; "Historia de América Latina", 16 Tomos, Cambridge University Press, Leslie Bethell, compilador; "Historia Contemporánea de América Latina", Tulio Halperin Donghi, Alianza Editorial, Madrid, 1977, 379 págs. y "Historia Latinoamericana 1700-2005", Marisa Gallego, Teresa Eggers-Brass y Fernanda Gil Lazcano, Editorial Maipue, Ituzaingó, Provincia de Buenos Aires, 2006.

II. La agenda vigente en los inicios del siglo XXI

Esta propuesta estuvo en el fundamento de los primeros programas y en la ilusión de la lucha emancipadora. Hoy, tras experimentar numerosos cambios, sigue siendo parte de la agenda vigente en los inicios del siglo XXI. Es una de esas ideas más tenaces y persistentes, pero también de las de más compleja realización por lo que en este artículo intentaremos establecer sus hitos decisivos, junto con describir el contenido cambiante de las proposiciones que en tiempos recientes nuestros gobernantes y sociedades han formulado para tratar de abrirle finalmente camino.

1.- Para tener una adecuada perspectiva histórica probablemente lo primero que se requiera es recuperar la dimensión continental que tuvo la lucha por el término de la dominación colonial y la creación de nuestros países. Bajo esa óptica las tareas de la independencia que se inician con los Cabildos Abiertos, o con “Gritos” y proclamas independentistas son parte de un prolongado proceso que se extiende desde las primeras reuniones de Chuquisaca, La Paz y Quito en 1809 hasta la decisiva batalla de Ayacucho de 1824 donde se afianza la derrota militar de las fuerzas españolas en el Nuevo Mundo, abriendo definitivamente camino a la formación de los actuales estados nacionales en América Latina.

Esa gesta tuvo en casi todos los países un carácter inicialmente moderado como lo subrayan la gran mayoría de los historiadores. El consenso inicial solo fue llenar un vacío de poder y dar continuidad a las complejidades de la gestión administrativa que, en la América Española, había producido la ocupación de la metrópoli por las fuerzas de Bonaparte y la supresión del reinado de Fernando VII. Mientras el conflicto europeo que siguió a la Revolución Francesa llevó en esos mismos años a la corona portuguesa a trasladarse en pleno – con todos los archivos y símbolos del poder – a Río de Janeiro, buscando en Brasil¹ la continui-

¹ Para una relación detallada del traslado de la Corte Portuguesa de la Casa de Braganza a Brasil puede verse “Historia Concisa de Brasil” de Boris Fausto, (Editorial Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003, 290 págs.). En general, escasean en nuestro idioma libros comprensivos de la historia de Brasil. Uno de los trabajos que más me ayudó para entender al país, durante el año académico que viví en Río de Janeiro, en 1981, fue “Brazil” (Westview Press, Boulder, Colorado, 1978, 564 págs.) del historiador británico Peter Flynn. Para una excelente selección de los textos fundamentales se puede ver la sección “Livros Essenciais para entender o Brasil” en “Brasil um século de transformações”, Ignacy Sachs, Jorge Wilhelm y Paulo Pinheiro, Editores, Companhia das Letras, Sao Paulo, 2001, (pp. 504 a 509).

Un tema sustantivo pendiente que convendría abordar al cumplirse 200 años del impulso fundacional de nuestros países es explicar por que el antiguo territorio dominado por Portugal, que representa casi el 40% de la extensión total de América Latina pudo, con similar diversidad económica y social que la América Hispánica dar lugar a un solo país que afianzó plenamente su viabilidad y gobernabilidad. Podemos encontrar varios ejercicios de política comparativa con Argentina, México y otros países que abarcan las décadas recientes como “Sociedade, Estado e Partidos na atualidade Brasileira”, Editora Paz e Terra, 1982 (hay edición española, FCE, 1992. México, 2 tomos), pero no existe una reflexión definitiva que explique la unidad del Estado salido del dominio portugués y la fragmentación en 18 países de los territorios administrados por la Corona Española. Una discusión equivalente en su importancia histórica, la

dad de su quehacer gubernativo, en España la captura del rey y sus colaboradores dio origen a una respuesta popular que se materializó en las Cortes de Cádiz y en el intento de crear una conducción alternativa en su propio territorio.

El reflejo de esta decisión en nuestro continente fue constituir gobiernos temporales del mismo carácter a la espera de que el monarca depuesto retornara a su cargo. Lo asombroso en este caso fue la rapidez con que se radicalizaron estas Juntas de Gobierno en las que aparecieron en poco tiempo líderes que proclamaron la necesidad de romper la dominación colonial y establecer en su reemplazo países independientes.

Tal decisión maduró y se tornó hegemónica apenas dos o tres años después de formados los primeros gobiernos provisionales, dando lugar a una lucha militar prolongada y sangrienta que encuentra sus hitos decisivos, a partir de 1817, en las batallas de Chacabuco, Maipú, Boyacá, Carabobo, Pichincha y, finalmente Ayacucho.

Es interesante subrayar, igualmente, que el ideario integracionista antecedió a la culminación de los procesos de independencia nacional de nuestros países que recién empezaron a consolidarse a partir de 1816. Un año antes, en septiembre de 1815, Simón Bolívar había dado forma a esta propuesta en uno de sus más importantes escritos, la Carta de Jamaica,² fechada en Kingston el 6 de septiembre de ese año como “contestación de un americano meridional, a un caballero de esta isla, Henry Cullen”. Allí Bolívar se refiere al Nuevo Mundo como “un país tan inmenso, variado y desconocido” y traza los primeros perfiles de lo que pudiera ser una razonable organización estatal de dichos territorios como una enorme nación mestiza: “somos un pequeño género humano” - sostiene Bolívar - “no somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”. Luego de anotar “yo deseo más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria” descarta por poco realista esta posibilidad que espera se cumpla algún día y plantea con pragmatismo sus cavilaciones sobre la suerte futura de América: “no la mejor sino la que sea más asequible” en torno a seis formaciones estatales: México “por la naturaleza de las localidades, riquezas, poblaciones y carácter de los mejicanos imagino que intentarán al principio establecer una república representativa”;³ Centro América: “los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación que por su magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el Emporio del Universo; sus canales acortarán las distancias del mundo, es-

de las diferencias y semejanzas entre la América anglosajona y la América Latina se zanjó hace medio siglo tras un debate profundo y plural (al respecto puede verse la compilación “¿Tienen las Américas una Historia común?” del historiador norteamericano Lewis Hanke, Editorial Diana, México, 1964, en donde Hanke dialoga entre otros con el historiador mexicano Edmundo O’Gorman y el ensayista colombiano Germán Arciniegas.

² Para la redacción de este trabajo hemos utilizado el texto de la “Carta de Jamaica” contenido en la edición “Simón Bolívar: Siete documentos esenciales”, hecha por José Luis Salcedo Bastardo, Publicaciones de la Embajada de Venezuela, Buenos Aires, 1978, pp. 39 a 73.

³ Bolívar S., *op. cit.*, p. 64.

trecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia";⁴ una Gran Colombia donde Nueva Granada se unirá con Venezuela y también Ecuador; una suma del Perú y Alto Perú, la actual Bolivia; un país de las Provincias del Río de la Plata que, coincidiendo con el territorio del Virreynato creado en 1776 agregue a la Argentina, Uruguay y Paraguay actuales y, finalmente, pese a su menor tamaño Chile para quien el Libertador Simón Bolívar tiene palabras generosas: "el reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una República. Si alguna permanece largo tiempo en América me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad... En una palabra, Chile puede ser libre".⁵

Hay que subrayar que Simón Bolívar, el primero de los sostenedores de un proceso de integración en los países que salieron del dominio español no pensó en un gran estado continental sino en un grupo de países fuertes y bien constituidos, capaces de establecer una Confederación que les permitiera actuar con mayor fuerza en el mundo de comienzos del Siglo XIX. En sus reflexiones, como lo muestran otros textos de su autoría, tuvo en consideración el impacto creciente que, a poco de más de 30 años de su independencia, alcanzaban los Estados Unidos de América. Por ello percibió que el reto en nuestro hemisferio era que pudieran convivir en él dos grandes actores internacionales y, tal como las trece colonias inglesas habían establecido estados que rápidamente se confederaron, lo mismo creía que se debía intentar que ocurriera, para los efectos de su proyección global, con la América Española.

Este fue precisamente el proyecto al que el Libertador se abocó, sin éxito, apenas se consolidó la independencia de México por la acción del ejército Triunfante, se estableció la Federación Centro Americana de Francisco Morazán y se produjo el colapso del ejército español en América del Sur. Tal había sido también el sentido de la propuesta que había hecho un poco antes, en 1818 en una carta que envió al Director Supremo del Gobierno de Buenos Aires, Juan Martín de Pueyrredón en que le expresaba "la América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la Reina de las Naciones y la Madre de la República".⁶ Poco después de producida la independencia de Colombia, en 1821, Bolívar instruyó al Ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Gual para que celebrara Tratados Bilaterales de Unión, Liga y Confederación Permanente con Perú, México y Centro América.

Pero, su iniciativa más importante fue la invitación hecha unos días antes de la Batalla de Ayacucho, a estos países, más los gobiernos de Santiago de Chile y Buenos Aires para formar una Confederación. Los llamó a constituirse en Asamblea de Plenipotenciarios en Panamá, con el propósito de que esta sirviera de

⁴ Bolívar S., *op. cit.*, p. 65.

⁵ Bolívar S., *op. cit.*, p. 67.

⁶ Carta de Simón Bolívar a Juan Martín de Pueyrredón.

“consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel interprete en los tratados públicos, cuando ocurran dificultades y de conciliador, en fin, en nuestras diferencias”.⁷ A esas alturas el trasfondo internacional de esta decisión estaba formado por lo que él percibía como dos grandes amenazas: la Doctrina Monroe resumida en la idea “América para los americanos”, formulada por el Presidente de Estados Unidos, James Monroe, en 1823 para prevenir un virtual intento de reconquista europeo en América y posibilitar la influencia de su país en los territorios situados al Sur de su frontera y las acciones de la Santa Alianza que, luego de restaurar a los gobiernos absolutistas europeos, en un Encuentro realizado en Verona, se había planteado la reconquista de los territorios desmembrados del Imperio Hispánico de Ultramar.

El Congreso Anfictiónico de Panamá, como Bolívar lo llamó para recuperar la idea de “Fundación Conjunta” que en el pasado había agrupado a doce pueblos del Centro de la Grecia Antigua, se realizó entre el 22 de junio y el 15 de julio de 1826 y tuvo problemas desde un comienzo. Los delegados de Buenos Aires y Chile, aunque fueron designados nunca llegaron al Encuentro al que solo asistieron dos representantes de la Gran Colombia, Perú, Centro América y México. Estos ocho delegados tampoco pudieron alcanzar acuerdos sustantivos ni volver a reunirse más tarde para continuar sus trabajos en Tacubaya, México como habían acordado.⁸

La frustración de este proyecto de integración política de los nuevos países de la América Hispana representó un quiebre duradero de esta posibilidad, aunque ella ha sido recuperada muchas veces como parte del imaginario de nuestros intelectuales y de los proyectos incumplidos de muchos políticos. El “sueño bolivariano”, como se lo denominó, no resistió la consolidación de los dieciocho Estados nacionales derivados de la colonización española que acabaron por establecerse firmemente. Es más, el impulso hacia la integración fue reemplazado en la mayoría de los países por la lucha incesante de numerosos caudillos militares que fueron fragmentando cada vez más el mapa político original de la América española. En 1838, tras la ejecución de Morazán concluyó la Federación Centro Americana y surgieron como Estados independientes Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Y más tarde, en 1903 para hacer posible la construcción del Canal de Panamá bajo el control del gobierno de Estados Unidos, desde Washington se impulsó la secesión de dicha provincia colombiana y su configuración como un nuevo estado nacional. Por eso, un analista tan agudo como Jorge Abelardo Ramos⁹ ha señalado que Panamá está en el origen fracasado de la integración política latinoamericana y es también el último eslabón de nuestra fragmentación continental.

⁷ Carta de invitación a los gobiernos de América, S. Bolívar, Diciembre de 1824.

⁸ Para un contexto de la situación que prevalecía en nuestros países en los años de la propuesta de Bolívar. v. Marisa Gallego et al, op. cit, cap. 3, pp. 101 y ss.

⁹ Jorge Abelardo Ramos, “Historia de la Nación Latinoamericana”, cap. 9 “El Congreso de Panamá”, pp. 247 y ss. Ediciones del Senado Nacional, B. Aires, 2a edición, 2006.

Por cierto, debe valorizarse la importancia que el proyecto de Simón Bolívar tuvo, que fue acompañado de cerca por varios de los principales constructores de los países de la América Española pero, claramente, hay que asumir que como propuesta se frustró en sus orígenes y no ha podido ser repuesta con alguna probabilidad de realización, por más que continúa formando parte del trasfondo utópico de las ideas y proyectos de muchos pensadores y fuerzas sociales y políticas de nuestra región.

Al consolidarse la independencia de los nuevos estados y desatarse el proceso de lucha entre caudillos se fue postergando la consolidación institucional de estos. Efectivamente, este proceso en algunos casos fue bastante prolongado como ocurriera en la Argentina donde la puesta en marcha de un país unificado en la forma que hoy lo conocemos se logró sólo al final del prolongado gobierno de Juan Manuel de Rosas, con la aprobación de la Constitución de 1853. Algo similar ocurrió en México donde más de dos décadas de influencia de Antonio López de Santa Ana - el "gran desorganizador de la nación", como ha sido llamado - dificultaron hasta comienzos de la década del 50 la conformación de un estado en forma en ese país, algo que solo se consiguió del todo cuando el presidente Benito Juárez logró la aprobación de la Constitución de 1857.

Pero este proceso de normalización, a su turno, fue el inicio de nuevas complicaciones. Afianzados los Estados y sus ordenamientos jurídicos básicos la prioridad se trasladó al tema de la configuración territorial lo que abrió prolongadas disputas de límites en las fronteras de muchos de estos países. Un fuerte nacionalismo se tornó el rasgo dominante cuando estos lograron hacer, finalmente, una adecuada integración nacional. Para esta empresa los principios estuvieron claros, en particular la aplicación del "Uti Possidetis", un criterio que ya interesaba a Bolívar consagrar - y cuyo reconocimiento obtuvo como una de sus pocas conquistas en los acuerdos del Congreso de Panamá -. Pero, llevarlo a la práctica en un territorio gigantesco, casi dos veces mayor que Estados Unidos fue algo sumamente difícil porque en los dominios unificados del Antiguo Imperio Español, los Virreynatos, Capitanías Generales y Gobernaciones eran meras referencias administrativas, no necesariamente exactas, que distaban de tener la importancia y hasta el dramatismo que tienen las demarcaciones limítrofes que separan a un estado de otro.

En estos largos y múltiples conflictos acerca de lo que pertenecía a la superficie de los Estados se fue disolviendo la amistad original y los principios de cooperación y acercamiento que caracterizaron la acción de los fundadores de los países latinoamericanos.¹⁰

¹⁰ La historiadora francesa Marie-Danielle Demélas ha planteado, con singular lucidez, en un reciente trabajo este tema de la contradicción entre el afianzamiento de los países latinoamericanos (que fue gradual y tomó varias décadas) y la difícil amistad y cooperación con sus vecinos V. "La invención política. Bolivia, Ecuador y Perú en el Siglo XIX, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2003, pp. 295 y ss.

Pronto las disputas concluyeron en guerras o en tensas disputas. En la segunda mitad del Siglo XIX dos enfrentamientos mayores conmovieron a la región: la Guerra de la Triple Alianza que confrontó a Paraguay con las fuerzas unidas de Brasil, Argentina y Uruguay entre 1864 y 1870 y la Guerra del Pacífico que enfrentó a Chile contra Perú y Bolivia entre 1879 y 1884. En el Siglo XX el mayor conflicto fue la Guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay, entre 1932 y 1935. También hubo un enfrentamiento bélico entre Perú y Ecuador, en 1941. Pero, además, existieron decenas de escaramuzas y pequeñas confrontaciones, cada una de las cuales fue tornando más remota la expectativa de realizar el proyecto de Confederación Continental, que soñara Simón Bolívar.

2.- En las primeras décadas del Siglo XX los esquemas en materia de integración se mantuvieron prácticamente igual, con una fuerte referencia a los procesos políticos, cuya realización a esas alturas era cada vez más improbable. Pero estos enfoques empezaron a cambiar luego de la Gran Depresión de 1929 y, sobre todo, al término de la II Guerra Mundial, en 1945.

A partir de ese momento América Latina fue fuertemente influida por las ideas y tendencias que dominaron la segunda posguerra. En particular se registró un enorme impacto de la experiencia de integración europea que marcó un cambio de rumbo de los esfuerzos en esta materia. En América Latina de la integración buscada en la esfera política - la persistente idea de la Patria Grande - se pasó ahora a priorizar el plano económico.

El trágico balance del segundo conflicto global con su saldo de más de cincuenta millones de muertos, la implantación de doctrinas y visiones totalitarias y la creación de armas devastadoras como la bomba empleada en Hiroshima y Nagasaki acabó por forzar acuerdos y establecer coordinaciones entre Estados que se habían confrontado en múltiples guerras. El centro de estas experiencias se estableció en Europa Occidental donde el proceso de integración económica que ha acabado siendo el más emblemático del mundo partió por la convicción de los nuevos líderes de Francia y Alemania de que debían trabajar y hacer juntos la reconstrucción de sus despedazadas economías. Esta empresa iniciada en 1949 al crearse la Comunidad Europea del Carbón y del Acero acabó por dar lugar al Mercado Común y a la Comunidad Económica Europea a partir del Tratado de Roma de 1957. Durante un tiempo confluyeron allí dos experiencias, la Asociación Europea de Libre Comercio que agrupaba a los llamados "siete de afuera", liderados por Gran Bretaña y la Comunidad Europea en donde junto a franceses y alemanes se ubicaron Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo en un segundo grupo, los "seis de adentro". Esta última opción acabó por prevalecer y fue la que sirvió de ejemplo a los observadores latinoamericanos en la materia. En este contexto la idea de un Mercado Común Latinoamericano, capaz de sumar en un espacio ampliado los casi 22 millones de kilómetros cuadrados de superficie de sus 20 países para coordinar sus proyectos productivos y sumar a los adquirentes de

sus bienes y servicios fue a parejas con la propuesta de impulsar una cierta especialización de sus capacidades industriales y una búsqueda conjunta de la negociación con los grandes países desarrollados, mercados compradores de sus exportaciones.

La rápida sensibilidad con que la novedosa e inédita iniciativa europea fue acogida en nuestra región, así como la pronta capacidad de propuesta que tuvimos debe ser atribuida al trabajo de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Este organismo creado por una decisión de la Asamblea General de Naciones Unidas de 1948, fue la primera de las entidades regionales desarrolladas por la ONU. Luego de una fugaz gestión como Secretario Ejecutivo del economista Gustavo Martínez Cabañas, CEPAL, pasó a ser dirigida por Raúl Prebisch destacado experto argentino, ex Presidente del Banco de la Nación a quien le ofreció directamente esa posición el primer Secretario General de Naciones Unidas, Trygve Lie. Prebisch fue capaz de convocar desde el inicio a los más altos representantes de una profesión que en ese tiempo estaba recién arrancando en las universidades latinoamericanas, los economistas. En el elenco de los mayores aportantes al pensamiento de CEPAL se puede anotar, además de Prebisch a Jorge Ahumada, José Antonio Mayobre, Felipe Pazos, Pedro Vuskovic y Juan Noyola, además del eminente especialista norteamericano, Albert Hirshman.

La primera tarea de CEPAL fue presentar ordenadamente las bases del programa económico que proponían para la región que se contuvieron en su primer Informe Económico Anual.¹¹ En este texto que ha sido considerado con razón su "Manifiesto Fundacional", Prebisch incluyó los principales núcleos teóricos de su visión sobre la economía regional. Allí parte por enfatizar la importancia del contexto internacional, incluyendo su tesis del intercambio desigual y su concepto de la economía mundial organizada sobre la base de la relación entre un centro y una periferia. Igualmente propicia la centralidad del examen de los términos de intercambio en el comercio y subraya la tendencia al deterioro del valor de las exportaciones de los productos primarios - agropecuarios y mineros - respecto de las exportaciones industriales.

En este contexto, CEPAL aboga firmemente por una industrialización de los países latinoamericanos y recomienda la organización sistemática de estos esfuerzos en base a un programa de sustitución de las numerosas importaciones de los productos hasta ese momento adquiridos en los países desarrollados. Prebisch trabajó estrechamente con su principal asistente, el economista canadiense, David Pollock, pero mantuvo siempre una estrecha vinculación en equipo con los integrantes de CEPAL y con algunos importantes consultores como Víctor Urquidí, Aníbal Pinto y Celso Furtado. En ese sentido los principales documentos de CEPAL que llegaron a tener en la década de los 50 y 60 una considerable influencia en las universidades y gobiernos latinoamericanos, pueden ser vistos

¹¹ "El Desarrollo Económico de América Latina y algunos de sus principales problemas", Comisión Económica para América Latina, Santiago de Chile, 1949.

como un pensamiento colectivo que tiene ciertamente la impronta de su fundador e inspirador, Raúl Prebisch.¹²

A decir verdad una completa propuesta de integración no estuvo contenida en este primer documento aunque sí se manifestaron las ideas de una cooperación entre los Estados y la importancia del mercado regional como una proyección de los respectivos mercados internos, algo que figura frecuentemente en sus páginas. Pero, desde mediados de los años 50, el tema de la integración económica regional pasó a ser un asunto central en las reflexiones incluidas en los documentos de CEPAL y esto alcanzó una formulación sistemática con el célebre Informe “El Mercado Común Latinoamericano”,¹³ de 1959, que constituye el más importante manifiesto de la postura que reemplaza en la región el énfasis inicial en la integración política por una nueva centralidad que apunta a la integración económica. Los efectos de esta proposición fueron enormes y ello dio lugar en 1960 a una primera entidad que asoció a México con los países latinoamericanos de América del Sur: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), que luego de una trayectoria accidentada y no demasiado exitosa se convirtiera en 1980 en la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI).

La idea de una América Latina económicamente unida desde el Río Bravo hasta la Patagonia tuvo enorme fuerza en su formulación y subrayó las posibilidades de emprender un diversificado proceso de avance manufacturero en la mayoría de los países latinoamericanos, tomando en cuenta las ventajas derivadas de sus recursos naturales y una adecuada complementación de los sectores agrario e industrial. La ampliación de mercados que provocaría para ambos rubros la existencia de aranceles en drástica reducción, la construcción de una apropiada infraestructura y de facilidades comerciales prefiguraba la idea de las macrorregiones que más tarde surgieron en el mundo al término del periodo de la Guerra Fría. Por esa razón, simultáneamente, casi todos los países del área adoptaron una estrategia económica de desarrollo hacia adentro, (hoy conocido como modelo ISI, industrialización en base a la sustitución de importaciones).

Aunque el proyecto de integración que propuso un Mercado Común Latinoamericano, resultó tan poco realizable como la previa idea política de Simón Bo-

¹² El pensamiento y contribuciones de CEPAL, fuertemente cuestionados por los economistas que impulsaron las reformas de orientación ultraliberal en América Latina, en la década de los 90 ha tenido una amplia revalorización académica y política luego de la crisis financiera y productiva que estallara en Estados Unidos en Septiembre de 2008. Junto al colapso de buena parte de las construcciones teóricas neoconservadoras que originó este desplome económico, el mayor en los países centrales desde 1929, se abrió una crítica a las propuestas económicas neoclásicas y se restableció una valoración de la política y lo público en el buen funcionamiento de nuestras sociedades. Así como, a escala global hubo una revalorización de las visiones keynesianas, en América Latina se volvió a apreciar, con un renovado interés, el aporte de los fundadores de la CEPAL. Para conocer la forma en que se fue gestando la visión de Prebisch en CEPAL se puede examinar la extensa conversación sostenida con David Pollock en Washington, en Mayo de 1985 que se puede encontrar en la Revista de CEPAL, num. 75, Diciembre de 2001, pp. 9 a 23. El texto fue editado por David Pollock, Daniel Kerner y Joseph Love.

¹³ “El Mercado Común Latinoamericano”, publicaciones de Naciones Unidas, CEPAL, México, Julio de 1959, p. 123.

lívar de una Confederación de los países de la América Hispana los efectos de esta iniciativa, vistos en la perspectiva del tiempo, arrojan un saldo muy favorable. En base principalmente a un esfuerzo público, porque en esos años el sector privado de casi todos nuestros países no estaba en condiciones de financiar los primeros grandes proyectos planteados, se logró en la región una considerable expansión industrial, más fuerte en los países mayores como Brasil, México y Argentina pero sensible en todas partes. En pocos años surgieron grandes proyectos de generación de electricidad, industrias siderúrgicas, plantas automotrices y empresas petroquímicas - todas resultado de esfuerzos estatales - que elevaron considerablemente la sintonía de América Latina con los avances científico - técnicos de la Segunda Revolución Industrial y el "diseño fordista" de empresas de gran tamaño que buscaban las ventajas de las economías de escala. Esto favoreció la tendencia - hoy ya totalmente consolidada - del paso de economías agrarias atrasadas a economías basadas en la industria y los servicios. Este nuevo contexto trajo también una considerable modificación en la ubicación territorial de la población y fue convirtiendo rápidamente a los países latinoamericanos en sociedades urbanas y en constante modernización.

Hubo, más adelante, en la misma dirección otros intentos más débiles y fugaces para progresar hacia la integración económica regional. En los años del debate en torno a un Nuevo Orden Económico Internacional¹⁴ - fines de los 70, principios de los 80 - se dio forma al Sistema Económico Latinoamericano (SELA), donde concurren como impulsores principales, México y Venezuela. Este nuevo organismo, en el que no participaron las numerosas dictaduras militares de seguridad nacional que existían entonces en el área intentó crear algunas Corporaciones Transnacionales de carácter público como las que surgieron en el área de la navegación (NAMUCAR) o de la producción y distribución de azúcar (GEPLACEA) que tuvieron escaso impacto y duración, llevando al SELA a un debilitamiento que ha sido sostenido en el tiempo.

3.- Pero la búsqueda de una mayor unidad económica en América Latina tuvo a los pocos años de la publicación del Informe de CEPAL otro atajo interesante y complementario. Ante las evidentes dificultades para lograr el acuerdo económico del conjunto de los países de América Latina fueron surgiendo proyectos de integración subregionales, que fueron definidos como pasos previos para una complementación más amplia. Se consideró que países geográficamente cercanos y con mayor proximidad en sus grados de desarrollo podrían lograr acuerdos más rápidos y eficaces, dejando afuera como casos especiales a los dos países mayores del área, México y Brasil, por considerar que estos debido al tamaño y complejidad de sus economías contaban con una masa productiva equivalente a la de las subregiones. De esta forma desde fines de los años 50 la

¹⁴ "Alternative views of the New International Economic Order", Jorge Lozoya, Jaime Estevez y Rosario Green, Pergamon Press, N.York, 1978, p. 146 y "Regionalism and the New International Economic Order", Davidson Nicols, Luis Echeverría y Aurelio Peccei, Pergamon Press, Nueva York, 1981.

América Latina hasta entonces vista como un solo espacio referencial para la formulación de sus estrategias económicas y políticas internacionales cedió lugar a una nueva segmentación con seis actores internos: cuatro subregiones y dos potencias emergentes, (“emerging powers”, según la terminología de los expertos anglosajones de esos años).¹⁵ Las cuatro regiones fueron Centro América, el área del Caribe, el espacio Andino y el Cono Sur.

El primero de estos intentos fue el de la Integración Económica Centroamericana, iniciado en 1960. La verdad es que Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica son casi una nación fragmentada luego de torcer su destino común inicial. Junto a Panamá que se ha asociado a este bloque hacen parte de un espacio geográficamente estratégico, con proyección en el Pacífico y el Atlántico a lo largo del istmo Centroamericano, que tendría todos los rasgos propios de un país mediano e influyente si lograran conjuntar su población, recursos y presencia internacional. El actual Sistema de Integración Centroamericano, (SICA)¹⁶ ha tenido momentos muy promisorios y otros opacos pero nunca ha sido abandonado. A fines de los años 70 y comienzos de los 80 América Central fue el escenario de una verdadera guerra civil subregional que originó confrontaciones civiles en Nicaragua, El Salvador y Honduras con más de 150 mil muertos en su conjunto y un activo involucramiento en esos conflictos de Honduras, en coordinación con la administración norteamericana del Presidente Ronald Reagan.¹⁷ Tras la puesta en marcha de los Acuerdos de Esquipulas II, de 1986 se abrió paso a la negociación de los procesos de paz que en El Salvador culminaron con la firma del Acuerdo de Chapultepec de 1992 y el Acuerdo de Paz Guatemalteco, suscrito en 1996. De un modo distinto en Nicaragua el conflicto se había resuelto en las elecciones de febrero de 1990 que pusieron término al prolongado enfrentamiento entre sandinistas y “contras”, llevando al poder a la Presidenta Violeta de Chamorro.

Un segundo esfuerzo se realizó desde mediados de los años 60 en el área andina¹⁸ en el que participaron Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y muy activamente, Chile. Luego en 1973 se incorporó Venezuela. En esa época Chile se definía oficialmente como “un país andino del Pacífico Sur de América Latina”. Y el Canciller Gabriel Valdés privilegiaba una alianza de Chile en el Pacífico como forma de contrarrestar la presencia de los gobiernos militares de seguridad nacional del Mariscal Umberto Castello Branco en Brasil y del General Juan Carlos Onganía en Argentina.

¹⁵ Para una buena recapitulación de esas propuestas se puede ver el trabajo de Gregory Treverton “El interés económico y la ambición política en las relaciones exteriores de América Latina: Brasil, México y Venezuela”, en Cuadernos Semestrales del CIDE, México, N° 5, Primer Semestre de 1979, pp. 127 a 183.

¹⁶ Una buena síntesis de la trayectoria de esta entidad se puede hallar en “La Experiencia del Sistema de la Integración Centroamericana”, Oscar Alfredo Santamaría, Secretario General del SICA, en “Integración Económica y Cohesión Social: Lecciones aprendidas y perspectivas”, en pp. 61 a 63, CEPAL, documentos y proyectos, Santiago de Chile.

¹⁷ V. Olga Pellicer y Richard Fagen, “The Future of Central America”, Stanford University Press, California, 1983, 224 pp.

¹⁸ V. “Pacto Andino: Desarrollo Nacional e Integración Andina”, Ernesto Tironi, compilador, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1978, 263 pp.

El Pacto Andino, como se lo llamó, se formalizó con el Acuerdo de Cartagena en 1969 y contó con una Junta de Gobernadores formada por tres integrantes y diversos mecanismos de cooperación y consultas que lo hicieron funcionar en forma bastante activa en sus primeros años. Con el golpe de estado en contra de Salvador Allende en septiembre de 1973 se enfrió del lado chileno esta disposición, lo que acabó con el retiro de esa nación del acuerdo en 1976. A partir de entonces el entendimiento andino experimentó altibajos que sólo se superaron con la creación de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) en 1996. Esta etapa corresponde a la consolidación de la Corporación Andina de Fomento (CAF), una entidad de financiamiento de proyectos productivos que ha mantenido una activa y eficaz presencia en el impulso de muchas iniciativas económicas medianas y pequeñas en los países del área. La CAN ha tenido recientemente dificultades que han rebajado su quehacer tras la decisión del Presidente Venezolano, Hugo Chávez de retirarse de dicho acuerdo en 2006 para solicitar al mismo tiempo la calidad de miembro pleno en el MERCOSUR (que hasta la fecha no se concreta por trámites pendientes en los Parlamentos de Brasil y Paraguay). Pero en esto no ha sido acompañado por dos de sus principales socios el Presidente Evo Morales de Bolivia y el Presidente Rafael Correa de Ecuador, que han realizado denodados esfuerzos por revertir la decisión venezolana y mantener con vida este organismo.

También en el ámbito subregional hay que consignar la creación del activo consorcio que originó la Caribbean Community (CARICOM)¹⁹ que agrupa a los 14 pequeños estados ubicados principalmente en las Antillas Mayores y Menores del Caribe, más Guyana y Surinam en el extremo norte de América del Sur. Estos se han constituido para compartir la búsqueda de programas de cooperación y financiamiento a sus pequeñas economías. Allí el núcleo dirigente ("The Big Four") está formado por Jamaica, Trinidad Tobago, Guyana y Barbados. Los miembros de esta entidad han ampliado su influencia al realizar acuerdos como la Iniciativa del Caribe en los años 80 con el gobierno de Washington y asociarse a la Organización de Estados Americanos (OEA) donde constituyen un grupo subregional importante por el paquete de votos que controlan, como se comprobó en la última y reñida elección del Secretario General de dicha institución.

Finalmente hay que consignar la existencia del más importante acuerdo, el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) establecido oficialmente por el Tratado de Asunción, en 1991. Los antecedentes de esta entidad están ligados a un decisivo cambio de las relaciones bilaterales Brasil - Argentina, ocurrido en 1986 con las políticas de acercamiento y complementación decididas por los Presidentes Raúl Alfonsín y José Sarney, tras el restablecimiento de la democracia en sus pa-

¹⁹ La Secretaría de CARICOM tiene un Departamento de Publicaciones con una extensa lista de trabajos. De ellos resultan de especial interés "CARICOM: Our Caribbean Community an Introduction" y "Caribbean Imperatives: Regional Governance and Integrated Development, Dennis Benn. Ian Randle Publisher, Kingston, 2005, 521 pp.

íses. En la perspectiva geopolítica sudamericana Argentina llegó a ser una influyente potencia económica global (era la sexta economía mundial en 1927) y superaba holgadamente el potencial brasileño en esos años. La historia posterior a la Gran Depresión invirtió esta tendencia y hoy Brasil está entre las diez economías más grandes, mientras Argentina ya no forma parte del listado de las veinte mayores.²⁰ Pero, como lo comprueban muchos exámenes históricos los datos objetivos tardan en ser asumidos y la rivalidad argentino - brasileña por la primacía sudamericana se mantuvo fuerte durante mucho tiempo y especialmente formó parte del discurso oficial de los múltiples gobiernos militares argentinos que tanto contribuyeron a la declinación del país.

Tras el regreso de la democracia en los años ochenta Alfonsín y Sarney decidieron cambiar las cosas y suscribieron numerosos acuerdos de complementación y cooperación económica. Allí se fue gestando el consenso que llevó al Tratado de Asunción al que se integraron también Uruguay y Paraguay (y más tarde como países asociados que han mantenido una conducta activa: Chile en 1995 y Bolivia en 1996). Los efectos de la creación del MERCOSUR cuya meta es establecer una Unión Aduanera, fueron impresionantes en el aumento del comercio subregional, durante los años 90.²¹ Brasil rompió con ventajas su apartamiento de la acción regional y Argentina encontró un enorme mercado en la vecindad para proyectar con mayor viabilidad su crecimiento industrial. Los dos países más pequeños, por su parte, hallaron inicialmente también algunas ventajas y una mayor cooperación. Las cosas, sin embargo empezaron a complicarse con la crisis brasileña de 1998 y con la enorme recesión argentina de 2001-2002. Los procesos de devaluación unilateral cambiaron los términos comerciales y el clima positivo que prevalecía hasta entonces se descompuso. Uruguay y Paraguay por su parte comenzaron a plantear el tema de las "asimetrías" y a exigir una política de compensación y fondos especiales para su desarrollo, al estilo de los que tuvo la Comunidad Económica Europea (y que tanto favorecieron en su momento a España, Portugal, Grecia e Irlanda en su camino para convertirse en países desarrollados).

De este modo el MERCOSUR ha enfrentado dificultades operativas que no se han podido resolver con la creación de una Secretaría Ejecutiva de la entidad, ubicada en Montevideo, por lo que los intentos de cumplir los propósitos originales se encuentran aún pendientes. En alguna medida la crisis simultánea de la CAN y el MERCOSUR, en cuanto acuerdos de integración comercial, fue uno de los antecedentes que llevó a la decisión de ampliar los esfuerzos de cooperación

²⁰ Hacia 1925 Argentina tenía un Producto Interno Bruto que doblaba el de Brasil. En la actualidad, en cambio, el PIB brasileño es 4 veces más grande que el argentino: 1.3 trillones de dólares versus 320 mil millones de dólares.

²¹ El crecimiento del Comercio Internacional de los países del MERCOSUR ha sido espectacular tanto en relación al intercambio entre sus 4 miembros plenos como frente al conjunto del intercambio global. De un total de exportaciones de US\$ 50.241 millones en 1991 se subió a US\$ 84.598 en 2000 y a US\$ 278.344 en 2008. Entre los socios las exportaciones, en esos mismos años pasaron de US\$ 5.243 millones (1991) a US\$ 17.697 millones (2000) y US\$ 41.524 millones en 2008.

al conjunto de los países de esos dos bloques más Chile, Guyana y Surinam al momento de priorizar la Integración Sudamericana²² en el Encuentro de Jefes de Estado Sudamericanos realizado en Cuzco, Perú, en Diciembre de 2004.

En síntesis: el recuento de los esfuerzos de integración, tanto en su dimensión política como económica, en los últimos dos siglos muestran frutos limitados. No obstante, persiste su fuerza como un proyecto que tiene su fundamento en las raíces históricas comunes, en una comunidad de lenguas y visiones culturales y en un nivel relativamente homologable de desarrollo. Si a esto sumamos la dinámica del proceso de transición del sistema internacional cuya reestructuración se halla pendiente desde el fin de la Guerra Fría junto a las exigencias de grandes espacios económicamente integrados que caracteriza al mundo de la globalización podemos entender por qué esta propuesta ha mantenido porfiadamente su presencia, alcanzando un nuevo repunte en la coyuntura internacional más reciente.

4.- Los cambios en las perspectivas de la integración regional que se abren en la primera década del siglo XXI muestran, en todo caso, considerables diferencias con las tentativas previas y esto se debe tener en consideración a la hora de examinar los actuales esfuerzos que los gobiernos y, también las organizaciones de las sociedades civiles de nuestros países, intentan llevar adelante en esta dirección.

En primer lugar, se trata de un impulso, casi podría decirse de una exigencia, que esta vez proviene del centro del sistema internacional y no de iniciativas impulsadas desde el interior de nuestro propio continente. Ahora, es la propia dinámica de la economía mundial la que, con las enormes transformaciones tecnológicas en marcha de la Tercera Revolución Científico Técnica, va imponiendo la dinámica de la construcción de macrorregiones – desde los años 90 están presentes las tres mayores: la Comunidad Económica de América del Norte con el TLC de 1993, la Unión Europea que salió de los Acuerdos de Maastrich en 1992 y el bloque más heterogéneo del Asia del Pacífico, cuyos países tienen como eje los Encuentros Anuales de Jefes de Estado de APEC, donde los líderes asiáticos dialogan con los representantes de otras economías del Pacífico –. Estos espacios económicos coordinados se constituyen actualmente en los principales actores capaces de disputar la hegemonía en la nueva economía mundial y se caracterizan por una diversidad de proyectos políticos en su interior que hace muy interesante el seguimiento de los acuerdos y hasta explícitas las disputas de liderazgos como el actual impulso de China para sobrepasar a Japón como la segunda economía del mundo desde el Asia Pacífico.

A esto se debe agregar que los propios cambios producidos en la esfera política durante la posguerra fría han llevado a una nueva segmentación de nuestra América Latina. Así como las décadas finales del siglo XX fueron el tiempo de los avances subregionales, los impactantes atentados terroristas del 11 de septiembre del 2001 llevaron al Consejo de Seguridad Nacional (NSC) y al Departamen-

²² Para examinar los inicios de la Integración Sudamericana v. "Comunidade Sul-Americana de Nações: Documentos", Fundación Alexandre de Gusmão, Ministerio de Relaciones Exteriores, Brasilia, 2005, p. 251.

to de Estado de los Estados Unidos a elaborar, en septiembre de 2002, una nueva Estrategia de Seguridad Nacional que se fundó en las ideas de la lucha total contra el terrorismo y de las “intervenciones preventivas” en aquellos países que configuraran una situación amenazante para el interés nacional norteamericano, tal como se hizo en Afganistán e Irak.

En esta nueva visión las diversas regiones del mundo fueron también objeto de un nuevo encuadramiento, según las percepciones del grado de amenaza que presentaban para los Estados Unidos en cuanto lugares de desarrollo o actuación potencial de las organizaciones fundamentalistas islámicas, (18 de 29 “grupos terroristas”, según un estudio del propio Departamento de Estado, publicado en Washington pocos meses antes de los atentados a las Torres Gemelas y al Pentágono.²³

Como resultado de esta caracterización América Latina pasó a ser separada en dos segmentos: una América del Norte y una América Latina del Sur, que se escinden a la altura del Canal de Panamá. El primer espacio está constituido por México, los países centroamericanos y del Caribe y fue considerado como un vital perímetro geopolítico y de seguridad por parte del gobierno de Estados Unidos luego de considerar ciertos rasgos propios de la agenda que estos países presentaban como la masividad y eventual descontrol de sus flujos migratorios, la significación de las remesas, el potencial asociativo de las Maras centroamericanas y de los migrantes indocumentados mexicanos que se temían podían servir como elementos de apoyo logístico en futuros intentos de agresión de las organizaciones terroristas islámicas sobre el suelo norteamericano. Amenazas similares, en cambio, se consideraron mucho más improbables en los doce países que integran la América del Sur con una sola excepción, Colombia, que le plantea a Washington un serio temor ante los riesgos de una acción coordinada entre las organizaciones militares ortodoxas de la izquierda de ese país – FARC y ELN – y su connivencia con los carteles del narcotráfico que podría ser aprovechada por sus nuevos enemigos externos, los grupos terroristas musulmanes.

Estas percepciones de amenaza originaron en el año 2001 en el gobierno de Estados Unidos el llamado “Plan Colombia” que ha llevado asistencia al gobierno de Bogotá en la lucha contra esos actores internos que lo desafían, lo que se ha complementado en el año 2009 con la instalación de siete bases militares en territorio colombiano con el mismopropósito.²⁴ Pero, con la excepción de Colombia, los otros once países sudamericanos aparecen bastante distantes de los retos

²³ Para una visión completa de las percepciones del gobierno de George W. Bush sobre el tema V. “Patterns of Global Terrorism 2001” United States Department of State, Washington, Mayo, 2002, XXI, pp. 68 y ss.

²⁴ Colombia ha pasado a ser el país con una mayor dotación de efectivos militares de América Latina y el mayor receptor de ayuda norteamericana. En opinión de varios especialistas de Estados Unidos su situación debiera ser incluida en el contexto estratégico y geopolítico de la América Latina del Norte. La decisión de EE.UU. de sustituir la base militar de Manta, Ecuador por 7 bases militares colombianas a las que tendrán pleno acceso sus efectivos, con capacidades para efectuar operaciones eventuales en casi todos los países sudamericanos fue vista, por varios gobiernos de la región como una derogación de la declaración efectuada por el Presidente. Barack Obama en su primer encuentro con sus colegas del hemisferio en Puerto España: “mi interés no es formular una política para América Latina sino con América Latina”.

que plantea la emergencia del fundamentalismo islámico y en términos comparativos han perdido significación relativa para el gobierno de Washington en las esferas de seguridad.

5.- Esta distinción de Estados Unidos en su proceso de toma de decisiones hacia América Latina, que no se ha modificado sustancialmente con la Administración Obama, debe ser tomada en cuenta a la hora de examinar los proyectos actuales de integración, pues inevitablemente los países de un segmento y otro han tenido en cuenta el nuevo contexto. De este modo ahora se pueden distinguir claramente también dos proyectos diferentes de integración en ambas agrupaciones de países. En la América Latina del Norte la propuesta principal ha sido el Plan Puebla – Panamá (PPP), formulado en 2001, a comienzos de la administración Fox, en México.²⁵ Entre tanto en América del Sur los esfuerzos actuales de integración arrancan de la Cumbre de Jefes de Estado efectuada en Cuzco, Perú, en diciembre de 2004 que llevó a la creación de la Comunidad Sudamericana de Naciones, constituida por los doce países de este espacio geográfico. En Abril de 2007 esta entidad durante otro encuentro de Jefes de Estado en Isla Margarita amplió sus objetivos institucionales y se convirtió en la actual Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR).

Un examen comparativo muestra rápidamente la diferencia de envergadura de ambos proyectos. El Plan Puebla Panamá levantó considerables expectativas iniciales pero, a poco andar, un desglose de lo que se definió como su contenido llevó a un juicio muy crítico al conjunto de los gobiernos centroamericanos que consideraron que el Gobierno de Fox estaba básicamente reordenando proyectos de infraestructura que tenían que ver con Centroamérica, pero que estaban previamente resueltos y asignados en el denominado “Mecanismo de Cooperación de Tuxtla Gutiérrez”. Expresaron, además, que las iniciativas de cooperación y su presupuesto resultaban muy limitados, por lo que México no estaba cumpliendo con las tareas de liderazgo subregional y apoyo de sus vecinos menores del sur que históricamente se han considerado parte de estos vínculos.

Objetivamente, el PPP no puede ser considerado un acuerdo de integración sino a lo más un plan preliminar en dicha dirección, por lo que el tema de una organización más eficaz de la cooperación en la llamada América Latina del Norte continúa pendiente. A lo anterior hay que agregar el fuerte impacto que la crisis internacional iniciada en el segundo semestre de 2008 ha tenido sobre Mé-

²⁵ El Plan Puebla Panamá incluye a 9 países. Además de México, los 5 centroamericanos y Panamá forman parte de este organismo Belice y Colombia. En el caso de México el acuerdo incluye a 9 Estados del Sur y Sureste de la Unión (Campeche, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Puebla, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán). A comienzos del Gobierno del Presidente Felipe Calderón este convocó a una “Cumbre para el fortalecimiento del Plan Puebla Panamá”, en Diciembre de 2006. Pese a los compromisos de reforzamiento institucional y del acuerdo para establecer una nueva cartera de proyectos en base a áreas prioritarias con una pauta de coordinación con las entidades del SICA, la evaluación de los beneficiarios, luego del tiempo transcurrido no ha variado.

xico y, también, sobre los países de América Central, lo que reduce en el período inmediato los márgenes de sus iniciativas internacionales.²⁶

Esa no es, en cambio, la situación en América del Sur donde el objetivo de la integración, especialmente en la primera década del Siglo XXI, ha figurado en los programas de gobierno de la mayoría de los países y cuenta con diversas iniciativas y proyectos en marcha. En ello ha sido fundamental el papel activo que ha jugado la política exterior de Brasil y el papel cada vez más significativo que ese país tiene en los asuntos mundiales.

Desde la fundación de su política exterior moderna, durante la prolongada gestión del Barón de Río Branco como Canciller, entre 1902 y 1912, Brasil ha tenido una política exterior estable y consistente para convertirse en la primera potencia de América Latina e incrementar su influencia en el mundo.²⁷ Ello partió con una asociación estrecha con los Estados Unidos que llevó incluso a una activa participación militar de efectivos brasileños en la Segunda Guerra Mundial, y a que el Secretario de Estado, Henry Kissinger en una visita al país durante los años del régimen militar, hacia 1975, hiciera su conocida afirmación “hacia donde vaya Brasil, irá América Latina”. Esta estrategia fue acompañada por una intensa red de vínculos bilaterales con los países de América del Sur, con nueve de los cuales Brasil tiene límites.

El cambio de los años recientes, especialmente visible en las administraciones de Fernando Henrique Cardoso y Luis Inacio “Lula” da Silva, ha consistido en que Brasil ha buscado aumentar su independencia relativa frente a Estados Unidos y buscar una sociedad con nuevos actores emergentes, en el mundo de la pos Guerra Fría. De este modo, se creó en 2001 el BRIC, un bloque que agrupa a Brasil, Rusia, India y China, países todos los cuales han incrementado su influencia internacional tras el estallido de la crisis financiera del 2008.²⁸ En términos realistas hoy no es posible un adecuado manejo de los asuntos globales sin la activa participación de estos cuatro países que concentran la mitad de la población mundial.

²⁶ El impacto de la crisis financiera de 2008 fue a la larga menos intensa y de menor duración de lo que predecían las estimaciones originales. Pero en México sus efectos sí fueron considerables y se hicieron sentir en una caída de casi el 7% del producto interno bruto durante 2009. Esto se entrecruzó con otros factores como la derrota del Gobierno del Presidente Calderón en las elecciones de medio período de Julio de ese año y las dificultades encontradas por el Ejército Mexicano en la misión de aniquilar la influencia de los carteles de la droga en Ciudad Juárez, Tijuana, Michoacán, Jalisco y Nuevo León. La suma de estos factores ha llevado a afianzar un estado de ánimo sombrío y pesimista en amplios sectores del país.

²⁷ V. Amado Luiz Cervo y Clodoaldo Bueno “Historia da Política Exterior do Brasil”, Ed. Atica, Sao Paulo, 1982.

²⁸ La crisis de 2008 ha tenido, entre otros, el efecto de amplificar el poderío de Brasil en América Latina. La rápida recuperación de la recesión le permitió una revaluación considerable del real y tener una tasa de crecimiento positivo en 2009, en contraste con la caída de la mayoría de los países sudamericanos. En el ámbito internacional el BRIC acabó con la toma de decisiones internacionales concentradas en el G7 y llevó a este grupo de países emergentes a constituirse en una fuerza de contrapeso indispensable para las determinaciones de los países desarrollados. V. la compilación hecha por Juan Gabriel Tokatlán “India, Brasil y Sudáfrica: El impacto de las nuevas potencias regionales”, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2007, 238 pp.

Estas perspectivas han llevado a Brasil, que históricamente no privilegió demasiado las relaciones en su entorno geográfico, a interesarse muy activamente por la situación de América del Sur y por su proceso de integración, que desde mediados de la década de los años 90, viene liderando. La explicación que ofrecen “intelectuales orgánicos” vinculados a la política exterior brasileña como Samuel Pinheiro y Luiz Alberto Moniz Bandeira, es que Brasil no aspira a un liderazgo global despegado de su entorno geográfico, sino a cumplir un papel activo en el progreso y desarrollo de América del Sur, la enorme subregión en la que ocupa más de la mitad de su territorio total.

Los acontecimientos recientes muestran que Brasil vive, en la formulación de su política exterior, una tensión entre la tentativa de convertirse definitivamente en una potencia global reconocida como tal o la de seguir ese camino en forma mas gradual a partir de la organización y liderazgo del espacio que integra su vecindad geográfica. En mi opinión los datos disponibles indican que es la segunda de estas opciones la que orienta los contenidos de su estrategia exterior actual y, por eso, algunas de las más importantes propuestas de la integración sudamericana como la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA) y el Consejo de Seguridad de América del Sur han sido propuestas por Brasil. Esto obliga a atender preferentemente el examen particularizado de la integración en la experiencia sudamericana.

6.- Bajo esta óptica la América del Sur, aparece como un espacio geopolítico y geo-económico altamente promisorio. Con una superficie de 17.5 millones de kilómetros cuadrados, casi el 80% del total del territorio de América Latina aloja en su territorio incalculables riquezas y recursos naturales que se pueden ir potenciando a medida que avance el siglo actual: enormes depósitos de agua dulce; una notable riqueza en hidrocarburos, petróleo y gas;²⁹ una amplísima biodiversidad, especialmente en la Cuenca del Amazonas, uno de los mayores pulmones del planeta; posibilidades de especialización en los nuevos sectores líderes de la actividad industrial; depósitos inmensos de recursos minerales convencionales (cobre, hierro, estaño) y estratégicos (litio, uranio, plutonio); un tremendo mar patrimonial con acceso a las dos principales cuencas económicas del mundo, la del Pacífico y la del Atlántico y cuantiosos recursos pesqueros. Pero, sobre todo, el proyecto principal del territorio sudamericano - casi se podría hablar respecto de ellos de un “destino manifiesto” en el Siglo XXI - es constituirse en una formidable potencia alimentaria regional, combinando impulsos agropecuarios, industriales y de servicios y aprovechando la tendencia que plantean las mayores potencias emergentes – China e India – donde enormes masas van pasando a la condición de núcleos de pobreza a grupos de ingresos medios. Es-

²⁹ De hecho, en ese terreno, con los hallazgos en los fondos marinos de la Cuenca del Tupi, frente al Estado de Sao Paulo de amplias reservas de gas y petróleo que pueden colocarse en explotación en los próximos años, la posición relativa de Brasil y del conjunto de América del Sur en materia de disponibilidad de hidrocarburos se ha afianzado considerablemente.

to traerá, inevitablemente, un aumento en la demanda de los productos alimentarios y elevará el valor de estos. Si hay un área del mundo que puede incrementar la producción y exportación de estos bienes, avanzando en su procesamiento industrial y valor agregado, es precisamente América del Sur. Esto ya se ha comprobado en el dinámico ciclo de crecimiento económico del periodo que fue de 2003 a mediados de 2008, en donde por primera vez los commodities sudamericanos y, en particular los productos alimentarios exportados, tuvieron un notorio mejoramiento en materia de términos de intercambio, rompiendo la tendencia al deterioro que había señalado la CEPAL, desde su constitución en 1949.

América del Sur, por su parte, debe ser examinada y comprendida en sus matices y segmentos. En un examen estratégico y de plazo más largo el territorio de esta subregión aparece como la suma de diversos espacios diferenciados y complementarios: una parte alta, septentrional, que coincide con los mayores ríos, el Amazonas y el Orinoco; un área central a ambos lados del Trópico de Capricornio y un segmento austral que propiamente constituye el Cono Sur del continente americano y que se inicia a las alturas de las capitales de Argentina y Chile, Buenos Aires y Santiago. Cada uno de estos espacios tiene su propia dinámica y perspectivas de desarrollo que es importante caracterizar, distinguiendo el inventario de sus múltiples recursos y el carácter tropical, semitropical o templado de su superficie agrícola.

7.- Otro asunto de importancia sustancial para el proyecto de la integración en América del Sur es una definición de las tareas que se deben abordar para favorecer el progreso de los países que integran UNASUR. Una primera discusión que ha surgido con fuerza en la subregión ha sido la de definir objetivos que sean funcionales a las diferentes estrategias de desarrollo de los países que lo integran. Esta es la primera vez en toda nuestra historia que todo este grupo de países tienen gobiernos emanados del libre ejercicio de la soberanía popular y elecciones consideradas limpias y válidas. Los procesos de transición a la democracia que siguieron a las dictaduras militares de seguridad nacional que prevalecieron a finales de los años setenta y en los ochenta han consolidado regímenes políticos democráticos. El pluralismo y la libre discusión de las ideas, a su vez, han dado lugar a regímenes de distintas orientaciones ideológicas, desde una estrategia conservadora en la Colombia de Alvaro Uribe, a gobiernos de corte nacional populista en los países que se autodenominan "bolivarianos" - Venezuela, Ecuador y Bolivia -, así como también a otros que proclaman un pensamiento socialista democrático más cercano a la matriz europea, como ocurre en los casos del Brasil de Lula, Uruguay o el Chile de los años de la Concertación. A la luz de este arco político tan variado la integración no puede estar asociada a una postura ideológica determinada o a un particular programa político de gobierno. Debe operar en base a un mínimo común denominador, capaz de proponer tareas y proyectos que permitan condiciones favorables para el mejor desempeño de los diversos gobiernos que los ciudadanos eligen y que están sujetos, en cualquier momento, a la regla de la alternancia política.

En función de esta situación, los Presidentes de la República sudamericanos y los Primeros Ministros de Guyana y Surinam, designaron a fines de 2005 una

Comisión de representantes directos, denominada Comisión Asesora Presidencial de Alto Nivel, para definir los objetivos de la integración en América del Sur y una institucionalidad básica para avanzar hacia este objetivo.³⁰

III. Proceso de Construcción Regional

El trabajo de esta Comisión, se realizó en el segundo semestre de 2006 en Montevideo y sirvió para identificar cuatro propósitos centrales en el proceso de construcción regional e integración futuras:

- a.- *El avance en la conectividad y las obras de infraestructura.* A partir de las propuestas de la Iniciativa para la Infraestructura de la Integración Sudamericana, (IIIRSA), creada en 2001 se estableció la prioridad de siete corredores bioceánicos para vincular horizontalmente el territorio sudamericano, del Pacífico al Atlántico, y se acabó por priorizar treinta y un proyectos de obras públicas con este fin.
- b.- *El avance en la coordinación y conexión energética.* Los países de América Latina, según un informe de la Organización Latino Americana de Energía, (OLADE), disponen de muy variadas fuentes energéticas (petróleo, gas, hidroelectricidad, carbón, energía nuclear, bioenergía y energías no convencionales: eólica, solar y geotérmica). Son capaces de satisfacer a lo largo del nuevo siglo las necesidades que planteen las estrategias nacionales de energía de sus países. Sin embargo, muchos de ellos enfrentan etapas alternativas de restricción o superavit en sus abastecimientos, sin prestarse cooperación y ayuda mutua. Por eso un programa de interconexión de los diversos recursos energéticos y una explotación racional de sus fuentes puede asegurar para los países de UNASUR un suministro apropiado y una autonomía en este campo.
- c.- *Una lucha conjunta contra la pobreza y la desigualdad.* Aunque en el quinquenio 2003 – 2007 hubo una reducción de los índices de pobreza y desigualdad en la subregión estos son aun bastante altos, sobre todo en algunos países.³¹ Un pro-

³⁰ La iniciativa para dotar a la Comunidad Sudamericana de Naciones (actual UNASUR) de este Plan de Acción originó un extenso y riguroso debate de los 12 representantes presidenciales que se reunieron 6 veces en intensas jornadas de trabajo mensuales. El plan propuesto fue aprobado, por unanimidad, en una Cumbre de Jefes de Estados realizada en Cochabamba, Bolivia el 8 y 9 de Diciembre de 2006. Sin embargo, al disolver el grupo de representantes con representación política directa y encargar la aplicación de las recomendaciones a un equipo de funcionarios de los Ministerios de Relaciones Exteriores se perdió la posibilidad de su ejecución con un respaldo efectivo como el que tuvieron los redactores de la propuesta.

³¹ El punto más alto de pobreza se alcanzó en 2001 con 221 millones de personas bajo la línea de pobreza, un 44% de la población total de América Latina. El ciclo de crecimiento iniciado, a fines de 2002 permitió reducir esta cifra a 167 millones en 2007. Sin embargo, uno de los efectos negativos de la recesión que estallara en 2008 ha estado en el campo social. CEPAL ha estimado que en 2009 el número de pobres en la región aumentó en 9 millones.

grama efectivo de cooperación sudamericana para buscar la inclusión social de los grupos más carenciados puede permitir la difusión y hacer replicables las experiencias más exitosas en las políticas sociales aplicadas en los diversos países y generar mecanismos de ayuda en materia de gerencia social, programas productivos transfronterizos, o esfuerzos conjuntos para reducir el aislamiento, algunos de los factores que perpetúan la indigencia en América del Sur.

- d.- *Un esfuerzo coordinado para encarar los retos de la sociedad del conocimiento.* En América del Sur existe creciente conciencia de que es necesario priorizar la educación y situar los procesos de desarrollo en la perspectiva que abre la revolución científico – técnica en curso.³² La existencia de nuevos sectores económicos líderes en la economía (microelectrónica, biotecnologías, industria de nuevos materiales, computación e informática); la nueva fragmentación de los encadenamientos productivos en donde las grandes corporaciones transnacionales dividen en muchos países la elaboración de los componentes que llevan a los bienes terminados, así como la necesidad de adaptar a las necesidades regionales los progresos globales, hace vitalmente necesario un trabajo coordinado de las comunidades científicas de los distintos países para evitar duplicidades en los esfuerzos de investigación que hasta hoy son muy frecuentes. Desde una óptica positiva es cada vez más frecuente la realización de maestrías y doctorados o de proyectos investigativos especializados entre dos o más países en América del Sur. La decisión de dinamizar los esfuerzos en investigación y desarrollo y de coordinar, conjunta y especializadamente, estos trabajos es parte de una conciencia política que asigna a la inteligencia adiestrada un peso cada vez más decisivo en los planes para dejar atrás el atraso.

Estos cuatro grandes ámbitos para las tareas venideras de la integración sudamericana – el progreso de la conectividad, la cooperación energética, la planificación conjunta de la lucha por la inclusión social y el avance compartido de las

³² Otro tema de reflexión en profundidad que podría acompañar las celebraciones del Bicentenario se refiere a la forma en que los países de América Latina y la región en su conjunto han asumido los retos planteados por las 3 grandes revoluciones científico - técnicas ocurridas en los Siglos XIX y XX. Al respecto no cabe duda de que tenemos hoy una capacidad de respuesta considerablemente mayor que en los 2 procesos previos. La primera Revolución Industrial maduró en los años 30 del Siglo XIX cuando todos nuestros países eran sociedades rurales y atrasadas. La introducción del ferrocarril y del maquinismo industrial, dos de los componentes centrales de ese proceso tomó largas décadas. En cuanto a la segunda Revolución Industrial que en Estados Unidos se puso a punto en los años 20 del siglo pasado también tardamos mucho tiempo en introducir la producción industrial con economías de gran escala, una producción en serie en base a las correas transportadoras en industrias como la automotriz o la petroquímica. Ahora, en cambio, muchos de los sectores líderes de la nueva economía han estado asociados desde el inicio a los países latinoamericanos sobre todo a raíz del proceso de dispersión en la producción de los componentes de la microelectrónica o la informática que han orientado los procesos de invención e innovación del actual ciclo de cambios productivos. Una mirada exhaustiva a las economías más “modernas” de la región muestra también un considerable desarrollo de muchos servicios avanzados, segmentos que ya están más conectados con las economías de los países desarrollados que con el resto de las fuerzas productivas de sus propios países.

oportunidades de la sociedad del conocimiento – reúnen las virtudes de la neutralidad ideológica al tiempo que son indispensables para llevar a cabo los proyectos nacionales de desarrollo de cada uno de los doce socios de UNASUR. En esta suma de iniciativas - todas las cuales contribuyen al progreso democrático de la subregión - se puede anclar el impulso de la integración sudamericana.

8.- Pero, para no tener una mirada idílica o candorosa de la situación actual e incluir en el examen todos los factores de la realidad hay que tener también en cuenta que en los años de esta primera década del siglo XXI, que han sido los de mayor crecimiento económico en las últimas cinco y los de un impulso mas racional y sostenido hacia un proceso de integración, hecho en un nuevo contexto internacional, han estado marcados también por la agudización y multiplicación de los conflictos que se presentan entre los países sudamericanos. A estas alturas la sumatoria de las dificultades en este campo es inquietante y exige metodologías prontas y efectivas para su resolución. En un listado básico de situaciones críticas podemos anotar el conflicto que, dos veces, ha llevado a la ruptura de los vínculos entre Venezuela y Colombia; los diferendos territoriales entre Venezuela y Guyana por la zona de Esequibo; el conflicto de límites marítimos entre Guyana y Surinam; la aguda disputa entre Colombia y Ecuador, a raíz de la incursión de las Fuerzas Armadas colombianas en suelo ecuatoriano, para ultimar al Comandante de las FARC, Raúl Reyes a comienzos de 2007; la áspera disputa entre los gobiernos de Perú y Bolivia por el apoyo prestado por el Presidente Evo Morales a organizaciones indígenas peruanas que enfrentan al gobierno de Lima; la disputa planteada por Perú en torno a nuevos límites marítimos con Chile que se encuentra bajo la jurisdicción de la Corte Internacional de Justicia de La Haya y sus denuncias de espionaje chileno; el desacuerdo entre Argentina y Uruguay en torno a la instalación de una planta productora de celulosa y papel en las márgenes del río Uruguay que también pende del conocimiento del alto tribunal ubicado en la capital holandesa o los reclamos planteados por Paraguay para obtener un precio más equitativo en la venta de la energía hidroeléctrica, generada en la enorme represa de Itaipú, en la Triple Frontera con Brasil y Argentina. Todo el enorme caudal de disparidades y tensiones que plantean estos enfrentamientos deben ser materia de un urgente tratamiento para resolverlos, pues de otro modo, sería ilusorio pensar en avances efectivos del proceso de integración en América del Sur.

Este impulso integrador es, entonces, una exigencia objetiva para que estos países tengan una voz más influyente en los asuntos mundiales; para que dispongan de un potencial económico ampliado en término de sus mercados internos; para que puedan resolver los asuntos prioritarios de sus actuales agendas publicas y para que acaben de consolidar sus procesos democráticos. Todo lo anterior es crucial si se busca seriamente un futuro mejor. Pero esto, a su vez, supone una conducta responsable y constructiva de los gobiernos sudamericanos y una nueva forma de construir acuerdos y de hacer política que privilegie los factores comunes por encima de los asuntos que dividen peligrosamente a sus países y mantienen en suspenso los avances de la integración subregional.

9.- La conclusión principal de un examen de la Integración en América Latina es que hoy esta requiere no solo de un balance histórico sino muy especialmente de la ubicación del tema en los proyectos nacionales de desarrollo de sus países, teniendo en consideración el cambiado escenario internacional de comienzos del siglo XXI. Sólo de este modo se puede percibir su urgencia en la agenda regional, asumiendo que ha quedado atrás el tipo de retórica integradora que los intelectuales y la elite de la región manejaron hasta hace unas décadas.

Una mirada prospectiva de las etapas venideras en América Latina permitiría imaginar al Siglo XXI como el tiempo de la integración y de la paz en la región. Se trata de dos objetivos que han acompañado a los países que comparten este origen desde el inicio mismo de sus procesos de independencia, en muchos casos hace ya 200 años. Una mirada desde la situación actual ayuda a entender bien como estas antiguas aspiraciones han cambiado de carácter ante el impacto de las transformaciones experimentadas por el sistema internacional y los retos que estas plantean.

A finales de la década de los 80 y comienzos de los 90 en el siglo pasado enfrentamos en el ámbito global lo que el historiador inglés Eric Hobsbawm denominó un "cambio epocal". En un corto número de años vivimos una profunda transformación del orden mundial, con el fin de la disputa bipolar y, al mismo tiempo la maduración de una sustancial revolución científico - técnica.³³ La suma de ambos procesos transformó las pautas de funcionamiento del mundo y cambió también nuestro sentido común en cuanto a la percepción de este.

Por una parte, se agotó abruptamente la confrontación y la política de los bloques capitalista y comunista que había presidido la política internacional desde 1945.

Los vencedores de la Segunda Guerra Mundial fueron dos súper potencias con profundas diferencias en su visión del estado, la economía, la organización social y las relaciones internacionales. Así, la Unión Soviética y Estados Unidos protagonizaron lo que el experto neoconservador en relaciones internacionales Norman Podhoretz³⁴ llamó "un choque de civilizaciones". Estas dos macrovisiones incompatibles originaron casi cinco décadas de inmensa tensión internacional, con un creciente armamentismo y aumento del poderío nuclear, al tiempo que ambas superpotencias ejercían plena hegemonía a escala mundial en todos los planos, económico, militar, cultural, etc.

La brusca desaparición de uno de estos poderes - con el fin de la URSS en 1991 - representó un cambio sustantivo de la organización prevaleciente hasta ese momento e inició un proceso de transición internacional que hasta aho-

³³ En América Latina hubo una temprana previsión de los impactos globales y regionales de la última revolución científico - técnica que ya maduraba en esos años. Véase el importante trabajo realizado por la experta venezolana Carlota Pérez, "Las nuevas tecnologías: una visión de conjunto" preparado en el IDS de la Universidad de Sussex, e incluido en el libro "La tercera revolución industrial: impactos internacionales del actual viraje tecnológico", Carlos Ominami, Editor, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986.

³⁴ Norman Podhoretz, "The Present Danger". Simon & Shuster, N.Y. 1986, p. 112.

ra no concluye. De este modo de un orden mundial estrictamente bipolar y con dos estados líderes indiscutidos pasamos a una situación provisional y heterogénea en que, abolida la disputa ideológica sobresalió el poder unilateral de Estados Unidos en las esferas militar y comunicacional, junto al carácter multipolar de las esferas económica y política en que prevalece la competencia de las tres macro – regiones económicas que dirimen la hegemonía económica mundial. Ante semejante perspectiva el concepto de integración ha pasado a tener un nuevo sentido.

El gran reto de América Latina es lograr la realización de esfuerzos que - con las diferenciaciones anotadas - abran camino a acuerdos, a la vez económicos y políticos, que puedan convertirnos en la cuarta gran región económica del planeta, en el mundo posterior a la Guerra Fría y en la primera macro región del mundo en desarrollo. En esta empresa, que con todas sus complicaciones sigue abierta y puede ser viable, América del Sur tiene especialmente las condiciones más avanzadas para darle inicio - a partir del Bicentenario - a este proyecto tan largamente postergado.

IV. Bibliografía

- Carta de invitación a los gobiernos de América, S. Bolívar, diciembre de 1824.
- CARICOM: Our Caribbean Community an Introduction” y “Caribbean Imperatives: Regional Governance and Integrated Development”, Dennis Benn. Ian Randle Publisher, Kingston, 2005.
- “Comunidade Sul-Americana de Nações: Documentos”, Fundação Alexandre de Gusmão, Ministerio de Relaciones Exteriores, Brasilia, 2005.
- El Mercado Común Latinoamericano, publicaciones de Naciones Unidas, CEPAL, México, julio de 1959.
- José Luis Salcedo Bastardo, Simón Bolívar: Siete documentos esenciales, Publicaciones de la Embajada de Venezuela, Buenos Aires, 1978.
- Lozoya, Jorge, Estevez, Jaime y Green, Rosario, “Alternative views of the New International Economic Order”, Pergamon Press, Nueva York, 1978.
- Luiz Cervo, Amado y Bueno, Clodoaldo, “Historia da Política Exterior do Brasil”, Editorial Atica, Sao Paulo, 1982.
- Norman Podhoretz, “The Present Danger”. Simon & Shuster, N.Y. 1986.
- Olga Pellicer y Richard Fagen, “The Future of Central America”, Stanford University Press, California, 1983.
- Pacto Andino: Desarrollo Nacional e Integración Andina*, Ernesto Tironi, compilador, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1978.
- Pérez, Carlota, “Las nuevas tecnologías: una visión de conjunto” preparado en el IDS de la Universidad de Sussex, e incluido en el libro “La tercera revolución industrial: impactos internacionales del actual viraje tecnológico”, Carlos Ominami, Editor, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986.

-
- Ramos, Jorge Abelardo, "Historia de la Nación Latinoamericana", cap. 9, "El Congreso de Panamá", pg. 247 y ss. Ediciones del Senado Nacional, Buenos Aires, 2a edición, 2006.
- Treverton, Gregory, "El interés económico y la ambición política en las relaciones exteriores de América Latina: Brasil, México y Venezuela", en Cuadernos Semestrales del CIDE, México, num. 5, primer Semestre de 1979.